

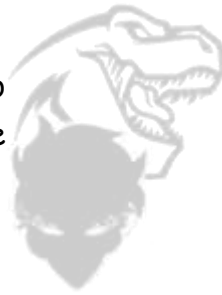


## Capítulo 389 - ¿Qué están haciendo los demás?

Mientras Katharina y Kaguya —una alianza improbable, casi incómoda de ver— estaban ocupadas mintiendo descaradamente a los vampiros y creando nuevas disputas políticas dignas de una guerra civil, otras figuras importantes estaban... lejos de todo eso.

Tomémonos un descanso del caos demoníaco para hablar de las chicas que, por sus propias (y mágicas) razones, no están —y quizás nunca estarán— involucradas en Walpurgis. Después de todo, son brujas. Y los humanos. Y lleno de actitud.

En ese mismo momento, Zex e Iridia estaban en Walmart, actuando como cualquier par de chicas normales con gustos caros y cero sentido de autocontrol financiero.



El carrito estaba absurdamente lleno —desde maquillaje importado hasta cafeteras que nunca usarían— y los dos parecían genuinamente felices lejos de cualquier cosa que involucrara órdenes, maldiciones o reuniones con criaturas antiguas que querían arrancar cabezas.

"Debo admitirlo...", dijo Zex, balanceando un bolso de diseñador sobre su hombro mientras examinaba su reflejo en una de esas columnas espejadas en el pasillo de electrónica. Llevaba un ajustado vestido de cuero negro que se aferraba a su cuerpo como el pecado. Su cabello azul oscuro ahora era más largo, las raíces negras comenzaban a mostrarse — algo entre rebelión y pura pereza para retocar.

"Es reconfortante poder dejarlo todo y hacer lo nuestro. Sin ninguna orden estúpida de la Inquisición que se interponga en su camino."



Iridia se rió. Su vestido blanco era provocativo y se adaptaba perfectamente a su cuerpo —el tipo de atuendo que parecía haber sido cosido con intenciones lascivas.

"Lo reconfortante es tener esto", dijo, sosteniendo una tarjeta negra con letras doradas que brillaban bajo la luz fluorescente: Agares de Zafiro.

Zex levantó una ceja. "Oh, cierto... La tarjeta de la mujer más rica que conocemos. "Es impresionante cómo Sapphire aún no se ha declarado en quiebra con tanta gente teniendo copias de esa tarjeta"

Iridia estaba parada frente a un espejo portátil en la sección de acampada, sonriendo contenta.

"Este vestido costó una fortuna", dijo divertida. "¿Pero le gustará al maestro?"

Zex se rió, una risa ronca y sincera. "Si no le gusta, es estúpido. Y ciego. Pero sabemos que le encantará."

Iridia parpadeó en vano. "Tal vez sólo quiero que se quede sin palabras durante unos minutos. Ya sabes... causar sensación..."

Se miraron el uno al otro. Una pausa. Y luego se echaron a reír como dos adolescentes libres por primera vez.

Por supuesto, no fueron sólo Zex e Iridia quienes estaban quemando fortunas como si el apocalipsis llegara mañana (lo cual, honestamente, no estaba tan lejos de la verdad).





En el inframundo, en uno de los barrios más exclusivos del centro de Abaddon, dos mujeres con mucho estilo y cero sentido de los límites estaban a punto de convertir un simple viaje al sastre demoníaco en un evento digno de un desfile de moda infernal.

El vestidor de terciopelo negro estaba iluminado por velas flotantes encantadas, que parpadeaban en tonos rojos y dorados, como si aprobaran — o juzgaran en silencio— cada elección de ropa. Los espejos hechizados reflejaban la imagen idealizada del cliente... que, en su caso, rayaba en lo divino.

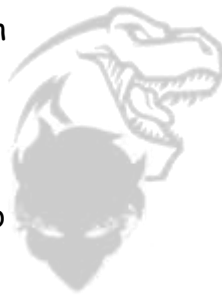
Roxanne, sentada con la postura de alguien nacido para gobernar tronos inestables, cruzó las piernas con elegancia e impaciencia. Sus ojos —afilados como navajas bañadas en oro — analizaban cada movimiento de su madre con un escepticismo casi profesional.

"Mamá... el amarillo no te sienta bien", dijo en tono seco pero educado. Como alguien que dice la verdad porque te ama.

Stella, frente al espejo, se giró ligeramente y observó el ajuste de un vestido amarillo limón que brillaba como el oro bajo la cálida luz. Su largo cabello blanco brillaba como nieve iluminada por la luna y sus ojos rojos contrastaban extrañamente con el color brillante de su ropa.

"El amarillo es vibrante. Transmite alegría, audacia..." Stella comenzó, claramente tratando de convencerse a sí misma.

"El amarillo transmite ternura", interrumpió Roxanne sin apartar la vista del reflejo. "Eres una reina del inframundo. No es un hada soleada perdida en una feria élfica."





Se puso de pie con un suspiro melodramático, se acercó a un estante de telas vívidas y sacó un vestido carmesí con detalles negros, hecho de seda infernal —una tela que parecía líquida a la luz. Era como si hubiera sido cosido con sangre noble y sombras líquidas.

"Pruébate esto", dijo, extendiendo la prenda. "Rojo profundo. El color de la tentación y el poder. ¿Y los detalles negros? Depredador, como tú."

Stella sonrió levemente y se quitó el vestido amarillo con cierto alivio. "Has heredado mi gusto refinado, eso es seguro."

"En realidad, lo perfeccioné", respondió Roxanne, sentándose nuevamente.

Stella se puso el vestido carmesí. El silencio cayó inmediatamente.

La tela se moldeó ante ella como si reconociera a su dueño. Las costuras negras se ajustaban como serpientes obedientes y el escote profundo mostraba más que audacia—exudaba dominio.



Roxanne sonrió, satisfecha. -Ahora estamos hablando. Eso grita: "Si te metes conmigo, te romperé los huesos en cinco idiomas diferentes"

Stella se giró, encantada por su propio reflejo. "Creo que tomaré diez de esos."

"Toma doce. Nunca se sabe cuándo tendrás que decapitar a alguien con estilo."

Ambos se rieron. Una risa baja, seductora y peligrosamente elegante.



Mientras tanto, al otro lado de la tienda, un sastre demonio temblaba mientras sostenía una tableta flotante con la lista de compras — ya había pasado siete dígitos....

[Clan Baal]

"Debo admitirlo... "Estoy empezando a preocuparme." Habló en voz baja, con los ojos fijos en la gigantesca bóveda de sellado incrustada en el corazón de la sala subterránea. Cadenas encantadas pulsaban con luz escarlata alrededor de la estructura, como venas que intentaban contener un corazón a punto de explotar.

Rafaeline todavía estaba dentro. Formación. O mejor dicho, superar los límites de lo que cualquier ser —incluso un Baal— consideraría tolerable.

La atmósfera alrededor del pecho era irrespirable.

El olor a sangre se había vuelto tan espeso, tan absoluto, que los demonios de nivel medio comenzaron a vomitar justo al acercarse a él. Los muros, una vez limpios, ahora exudaban un calor insalubre, como si el propio castillo estuviera empezando a sangrar desde dentro.

Ei tuvo que tomar una decisión difícil: evacuar a todo el clan a los dominios del clan menor, en las cuevas debajo del castillo principal. Era eso o correr el riesgo de un colapso colectivo.

"Incluso con todas las protecciones... esta aura está reaccionando con el tejido mismo del infierno", murmuró una de las sacerdotisas a su lado, manteniendo una distancia segura. "La magia aquí está... empezando a retorcerse."





Ei no respondió de inmediato. Ella conocía bien el poder que corría por las venas de Rafael. Pero lo que se estaba manifestando ahora... era algo más allá de eso. Algo que ni siquiera los archivos antiguos podían predecir.

"Walpurgis sucederá pronto..." Y ella todavía está allí..." Ei susurró, casi para sí misma: "no tendremos más remedio que interrumpir"...

¡KABUUUMMM!

"Mierda..." Ella dijo, mirando hacia donde estaba Rafaeline... "Ella... ¿destruyó la bóveda? ..."

